

**TIEMPO DE VIOLENCIA O VIOLENCIA DEL TIEMPO:
¿EL MOMENTO MAQUIAVELIANO EN EL RÍO DE LA PLATA?
UNA REFLEXIÓN EN TORNO AL *PLAN DE OPERACIONES* ATRIBUIDO A
MARIANO MORENO**

Sebastián Torres

“Creo que quienes exaltan tanto la incorruptibilidad, la inalterabilidad, etc., se someten a decir cosas tales por el deseo grande de vivir mucho y por el terror que sienten ante la muerte; y no piensan que, si los hombres fueran inmortales, no les correspondería venir al mundo. Merecerían encontrarse con una cabeza de Medusa, que los transformara en estatuas de jaspe o de diamante, para volverse más perfecto de lo que lo son.”

Galileo Galilei.

“Los historiadores poco reflexivos admiran, por una parte, semejante orden, y, por otra, censuran su razón principal”

Maquiavelo, *El Príncipe*.

“No se podrá negar que en la tormenta se maniobra fuera de regla”

Moreno, *Plan de Operaciones*.

Es habitual comenzar un escrito sobre el *Plan de Operaciones* esgrimiendo el conjunto de los argumentos, ya más o menos establecidos, en pro y en contra de la autoría de esta obra por parte de Mariano Moreno. Pero no quisiera entrar aquí en la discusión sobre la autenticidad del *Plan*. En primer lugar, porque, desde una consideración sobre la idea de autenticidad documental, tal polémica es, en parte, técnica. Desde otro lugar, si autenticidad implica la filiación o pertenencia a un modo de ser, las “ideas atroces” presentadas en el *Plan* son auténtica expresión de por lo

menos una parte del pensamiento político de la época (¿de toda época?). Aunque algunos historiadores, como Levene o Groussac, sostengan que es imposible que, por razones ideológicas o morales (e incluso poniendo en duda el nivel intelectual del texto), Moreno haya escrito esa obra, no parecen poder responder por qué tal posibilidad tiene que ser descartada cuando los fusilamientos y la intriga formaron parte de los acontecimientos de la revolución de Mayo (¿y de toda revolución?). Quentin Skinner¹ ha señalado la falsedad de la *coherencia* como criterio hermenéutico, pero no hace falta apelar a la originalidad de este historiador de las ideas para ver que tal presupuesto se desmorona a la hora de pensar en un personaje como Moreno: primer secretario criollo de una junta españolista (lo que supondría cierto esmero político), después defensor de los derechos de los hacendados criollos; defensor de los derechos del hombre, después avalando los fusilamientos en Córdoba; defensor del constitucionalismo, después oponiéndose a la inclusión de los representantes de las provincias en la Junta. Dejaré, por tanto, a los especialistas la discusión sobre autenticidades documentales, por mi parte veo más Morenos - lo que intentaré mostrar en este breve ensayo- que los sujetos a esta particular polémica (el Moreno jacobino, timador de la patria o el Moreno timado por un enemigo de la patria, que maliciosamente le atribuyó el escrito).

Se ha jugado mucho con la idea de un Moreno lector de Maquiavelo. Ciertamente, el *Plan de Operaciones* tiene una proximidad increíble con *El Príncipe*. Aunque no hay datos ciertos de que Moreno haya tenido en sus manos ese pequeño opúsculo, las fórmulas del maquiavelismo forman parte de la literatura política castellana del s. XVII y XVIII, espacio recurrente de la crítica jesuita al inmoralismo político. Desde otra vertiente, *El Príncipe* es recuperado por Rousseau como el libro de los republicanos, consideración que Moreno tendría para con el mismo Rousseau en el pró-

¹ Quentin Skinner, "Significado y comprensión de la historia de las ideas", en *Prisma*, Revista de historia intelectual, N°4, 2000.

logo a su traducción del *Contrato Social*; “el catecismo de los pueblos libres”, “un corazón endurecido en la libertad republicana”². El encuentro se hace más atractivo en cuanto que ambos -Moreno y Maquiavelo-, pensadores y políticos, comparten una fractura, en principio irreconciliable, en el interior mismo del corpus de sus escritos: la distancia que existe entre *El Príncipe* y los *Discursos a la primera década de Tito Livio* es la distancia que existe entre el *Plan de Operaciones* y los artículos de la *Gaceta*, o la *Representación de los hacendados*. Las tesis republicanas parecen no poder contrarrestar la escritura que desnuda el trasfondo violento de la política, más allá o más acá de la polémica sobre las formas de gobierno. Moreno lector de Maquiavelo es una posibilidad abierta, quizás, por la comunión en la condena a dos hombres cuya pluma -se dice- ha sido poseída por el mismo demonio. Esta es la huella que intentaremos recorrer en este ensayo.

* * *

La imagen de la violencia política ha sido asociada directamente a tipos de ordenamientos tiránicos o despóticos. Sin duda alguna la *potestas* absoluta sobre los hombres implica necesariamente relaciones de tipo violentas. La supresión de este tipo de relaciones con el fin de vivir libremente ha implicado, también, actos de violencia. Como afirma Hanna Arendt, la liberación encuentra una hermandad ontológica con la violencia³. La aspiración de gran parte del pensamiento liberal y republicano ha sido la defensa y el ejercicio de la libertad de los hombres, sin tornar pensamiento y práctica en una justificación de la violencia. Se ha pretendido que la irrupción de la violencia presente en el momento emancipatorio encuentra un vínculo con la historia, mas no con el concepto. Es el

² Mariano Moreno, “Prólogo a la reedición del ‘Contrato social, o principios del derecho político’, por Juan Jacobo Rousseau de 1810”, en R. Levene (prol. y selecc.), *El pensamiento vivo de Moreno*, Losada, Buenos Aires 1983.

³ Hanna Arendt, *Sobre la Revolución*, Buenos Aires 1992, principalmente introducción y cap. I.

momento de excepción que acompaña a toda regla, a la vez posibilitado, pero no constitutivo. Falso es querer convertir a la excepción en regla, aunque la historia del pensamiento político pueda también reconstruirse a partir de este intento de transgresión lógica.

Cómo entender la coexistencia contradictoria entre ley y violencia en pensadores como Maquiavelo y Moreno. Ambos representantes, a primera vista, de la libertad constitucional, del republicanismo romano y liberal, que identifica la fundación de un nuevo orden con la virtud de las leyes y, a la vez, introducen la violencia como el momento fundante, apertura definitiva del orden político. En el origen está el conflicto, no el acuerdo. Frente a la ilusión de un contrato originario, la constitución (que determina las reglas del consenso) se instituye por medios violentos, pues, por más racional que sean las razones para el acuerdo, eso no implica necesariamente que todos converjan en él. Cuando no hay *comunidad* sobre la cual instituir modelos imaginarios de un consenso previo al acuerdo político la primer reunión para que el contrato sea posible se instituye por la eliminación de los elementos disonantes que la limitan.

La distinción entre poder y violencia que realiza Arendt puede ser de gran utilidad normativa⁴, pero la explicación de estos dos fenómenos “políticos” parece correr por sendas diferentes; donde necesidad y azar, como categorías antes históricas que analíticas, juegan un problemático rol central.

Quién sabe por qué, en un momento, el porvenir ya no es propiedad de la comunidad, escapa a su orden. Es allí donde la comunidad se vuelve contra sí misma para depurarse, pero en ese mismo acto, pone en suspenso su misma legitimidad. Como afirma Merleau-Ponty, “*La contingencia del porvenir, que explica las violencias del poder, le quita al mismo tiempo toda legitimidad, o legitima igualmente la violencia de los opositores. El derecho de la oposición es exactamente igual al del poder*”⁵.

⁴ Para una lectura productiva ver Rubén Caro, “La *isegoría* de la razón comunicativa: notas sobre la política deliberativa de Jürgen Habermas”, en A.A.V.V., *Teoría Crítica de la Ciudadanía*, Córdoba 2003.

⁵ M. Merleau-Ponty, *Humanismo y Terror*, Leviatán, Buenos Aires 1956, p. 29 (en cursiva el original).

No se puede entender el problema de la violencia en *El Príncipe* sin pensar el vínculo entre tiempo y fortuna. Para Maquiavelo el tiempo no es un modo de delimitar linealmente diferentes instancias políticas (es interesante notar que habla del tiempo en plural, ruptura conceptual innovadora para la época), no hay un “tiempo de la violencia” (ni un “tiempo de paz”), consigna vinculada con la distinción entre guerra y paz (sea interna o externa) propia del pensamiento clásico. En Maquiavelo aparece como problema político la “violencia de los tiempos”, turbulencia que irrumpe en toda obra humana empujándola hacia el fracaso. Su figura, la fortuna.

Nuestra hipótesis de lectura es que el *Plan de Operaciones* puede ser descifrado a partir de esta clave de lectura maquiaveliana, mejor aun que a partir de la sencilla filiación entre las “escandalosas” afirmaciones explícitamente justificadoras de la necesidad de la utilización de la violencia para la realización de las obras políticas. En el *Plan* emerge un complejo juego entre fortuna, casualidad y azar; componentes ineludibles de toda empresa política y, más aún, de la empresa revolucionaria. La necesidad es un postulado filosófico, un objetivo (en cuanto deseo) político que poco tiene que ver con el tiempo histórico. La tarea revolucionaria es “domar la fortuna”. En esta puerta de entrada a Maquiavelo y Moreno se pone en juego también un modo de comprender la problemática noción de “realismo político” que, con cierta ligereza retórica, es utilizada como clave interpretativa. En parte, los motivos de este escrito quieren pensar una frase de este texto casi olvidado de Merleau-Ponty, *Humanismo y Terror*: “Un régimen nominalmente liberal puede ser realmente opresivo. Un régimen que asume su violencia *podría* encerrar un humanismo mayor.”⁶ Pensamiento que se hace particularmente problemático en cuanto expresa una posibilidad más que una certeza, por lo que toda respuesta siempre llevará la provisoriedad e incluso la insuficiencia:

⁶ *Ibid.*, p. 8.

Propongo una lectura de la introducción al *Plan de Operaciones*, en la que Moreno despliega el conjunto de los conceptos y problemas que luego intentará zanjar a lo largo de las propuestas políticas específicas que constituyen el cuerpo programático del *Plan*. No pretendo aquí establecer una distinción entre el cuerpo teórico-sistemático y el cuerpo histórico-coyuntural del texto, más bien intento ingresar en la filigrana argumentativa que establece las condiciones a partir de las cuales el lector debe interpretar las medidas que Moreno propone, más como advertencias que como pilares sólidos a partir de los cuales un plan puede encontrar su justificación. Nuestra opción de lectura parte de una afirmación del mismo Moreno, que hace referencia a los efectos de la introducción de una nueva forma de concebir y escribir la política: “Se generalizó un nuevo lenguaje entre los sabios, que, aunque *expresado con misteriosa reserva* causa zozobra á el despotismo, y anuncia su ruina”⁷. Sin llegar a sostener la tesis straussiana de una escritura reticente en Moreno, tal afirmación nos indica una alerta a la lectura literal y convencional. Pues el *Plan* es un escrito en tensión, entre un momento ilustrado y un momento maquiaveliano; el primero, sólo aceptado por una élite de jóvenes espectadores de la revolución europea y un conjunto de nuevos comerciantes; el segundo, quizás por nadie, pues implica el abandono de una ética, fundada en una filosofía del progreso, que ni ilustrados ni conservadores podrían visualizar como alternativa. Así, hay una doble escritura que, en parte, no encuentra tanto a los sectores conservadores como intérpretes sospechosos, sino a los mismos hombres de la revolución.

* * *

Una primera afirmación irrumpe en el texto, tensión que se mantendrá a lo largo de todo el escrito entre el avance incondicional de la revolución y la resignación: “La verdad es el signo más característico del hombre de bien; la resignación, el honor, la grandeza de ánimo en las arduas empresas, son las señales más evidentes de un corazón virtuoso, verdadero

⁷ Moreno, “Prólogo...”, p. 189 (la cursiva es nuestra).

amante de la libertad de su patria". Y más abajo sigue, "sin que preocupación alguna política sea capaz de trastornar ni torcer la rectitud de mi carácter y responsabilidad"⁸.

¿Cuál es la resignación que hace a un corazón virtuoso y amante de la libertad de su patria?

La resignación, la primera resignación del hombre de bien, es la resignación de la política, trastorno de la rectitud, de la verdad, trastorno de la libertad de la patria y fuente de la libertad popular. Sólo aislándola, la libertad se separa del azar, sólo eliminando la política como preocupación, como trastorno, la libertad se convierte en regla, en verdad, es decir, en comunidad. Qué es la comunidad sino la comunión en la verdad, la liberación del azar que hace al hombre bueno. La revolución comienza con una resignación, que no es la resignación del bien en pos de poder disponer de *todos* los medios necesarios para su realización; su movimiento es en sentido contrario, pues la renuncia abre el corazón del virtuoso a la verdad y el bien⁹. La renuncia es una ampliación antes que una restricción. Pero extirpar el conflicto del corazón humano es una tarea reparadora que importa uno de los mayores problemas de la nueva política, pues interioridad y exterioridad se desdibujan al momento de ubicar el espacio en donde la disyunción, el conflicto, surge y se alimenta.

"[A] veces la casualidad es la madre de los acontecimientos, pues si no se dirige bien una revolución, si el espíritu de intriga y ambición sofoca el espíritu público, entonces vuelve otra vez el estado a caer en la más horrible anarquía"¹⁰. A la casualidad, metáfora que renueva la metáfora maquiaveliana de la fortuna, hay que oponerle una fuerza mayor que el espíritu público, débil soporte del nuevo estado, pues no puede ofrecer la violencia suficiente para contrarrestarla. La lucha no se da en el interior

⁸ Mariano Moreno, *Plan revolucionario de operaciones*, Perfil, Buenos Aires 1999, p. 31.

⁹ Merleau-Ponty lo dirá en otros términos: "La pureza de los principios, no solamente tolera sino que, necesita de las violencias", *op. cit.*, p. 7.

¹⁰ Moreno, *Plan...*, p. 32.

de los hombres, entre corazones virtuosos y espíritus intrigantes y ambiciosos. La causalidad es el nombre de un tiempo que no se sujeta a orden alguno, es la disrupción permanente que permite la diversidad de humores contrapuestos sin que el campo de batalla pueda establecer sus límites: el *arte della guerra* necesita un paño en donde desplegarse. ¿Cómo enfrentar la anarquía si ésta no se despliega sobre tierra firme, sobre un tiempo común, compartido?

La violencia de la fortuna forma parte de su misma naturaleza, pues el tiempo no puede detenerse y ese es su alimento vital. La violencia que puede contrarrestarla es el producto del ímpetu, es artificial; pero la violencia artificial, si quiere contrarrestar a la fortuna, tiene que cobrar una forma natural. El gran dique que debe contener el azar, no puede ser pensado como mera artificialidad, debe confundirse con la naturaleza, camuflarse, pues es la fuerza y la simulación el doble rostro del joven que somete a la fortuna. Entiéndase, la fortuna no es derrotable sino sólo con engaño, pues sólo produce daño donde encuentra firmeza, como en un dique o un Estado que se presenta como dios inmortal. La firmeza de la que habla Maquiavelo no tiene que ver tanto con la rigidez como con su flexibilidad, su ductilidad. Pero la ductilidad posee el doble rostro de Jano, como virtud del político y como inconstancia del pueblo. “El hombre en ciertos casos es hijo del rigor, y nada hemos de conseguir con la benevolencia y la moderación; estas son buenas, pero no para cimentar los principios de nuestra obra; conozco el hombre [...] y deduzco por sus antecedentes, que no conviene sino aterrorizarle y oscurecerle aquellas luces que en otro tiempo será lícito iluminarle”¹¹

Desde una preocupación similar Maquiavelo se preguntaba si para el príncipe era mejor ser temido que amado, conclusión que no se aleja a la de Moreno, pues “los hombres tienen menos miedo de ofender a uno que se hace amar que a uno que se hace temer; porque el amor es tenido como un vínculo que obliga, el cual, por causa de la triste condición humana, en

¹¹ *Ibid.*, p. 33.

cualquier ocasión de utilidad propia es roto; mas el temor es tenido como un miedo al castigo que no abandona jamás¹².

El hombre es hijo del rigor porque contiene en sí lo casual, el azar, la fortuna. Quizás la fortuna no sea sino el nombre del hombre que está fuera de la comunidad, en el desierto. Como para Sarmiento y Alberdi, la generación de la revolución también pensó que el desierto era la geografía de la anarquía. El hombre, con sus pasiones (casualidad), sus circunstancias y el clima (desértico), es el nuevo portador de la fortuna, el nombre mismo del azar: la revolución es la lucha del nuevo hombre contra el hombre sin más, desnudo, atravesado por el tiempo. Es al hombre a quien hay que “tenerlo sumiso, golpearlo y zaherirlo”¹³. Siguiendo a Maquiavelo, “aquel príncipe que se apoya totalmente en la fortuna, se arruina en cuanto ésta cambia”¹⁴, como el príncipe que confía en el pueblo, pues este es tornadizo, voluble¹⁵, pues en lo que depende de él, como el amor, es inconstante, mas no en lo que depende de otro, como el temor. Pero en Maquiavelo no hay utopía, no hay un futuro donde la “iluminación” devenga política; el temor no puede ser promesa de amor futuro. El miedo no está, como piensa Hobbes, a la base de la comunidad; pero tampoco el amor. Es Moreno quien piensa que la legitimidad proviene de la promesa. La violencia es el mismo movimiento que en un momento arrebatada, para luego dar, como una conversión mística que transforma el cuerpo social, ritual iniciático que funda el hombre nuevo y, con ello, el nuevo Estado.

Pero Moreno no parte, no puede partir, de la comunidad o del estado natural, como instancia previa a la conformación del nuevo orden político. “[T]endamos la vista a nuestros tiempos pasados y veremos los tres millones de habitantes que la América del Sur [...] manejados y subyugados sin más fuerza que la del rigor y capricho de unos pocos hombres; [...] un mero mandato de los antiguos moradores, ha sido suficiente para

¹² Maquiavelo, *De Principatibus*, Trillas, México 1999, cap. XVII, p.237,239.

¹³ *Ibid.*, cap. XXV, p. 333.

¹⁴ *Ibid.*, p. 329.

¹⁵ *Cfr.*, *ibid.*, cap. XVII, p. 239 y cap. VI, p. 107.

manejar a miles de hombres, como una máquina que compuesta de inmensas partes, con el toque de un sólo resorte tiene a todos en un continuo movimiento, haciendo ejercer a cada una sus funciones para que fue destinada”¹⁶. Impresionante síntesis de lo que Etienne de La Boétie llamó el Uno; poderosa lógica que ata a los hombres a la obediencia incondicional sin mayor esfuerzo que el asentimiento de los súbditos. Pero el problema que señala La Boétie no es el de Moreno; mientras que el amigo de Montaigne se asombra y rechaza la existencia misma de semejante maquinaria, Moreno parece cuestionar los fines de tal aparato de expropiación, la decadente monarquía española que lo usurpa sin más esfuerzo que la aceptación incondicional de su autoridad. Ahora el Uno debe ser el nuevo Estado, autonomización del monarca. Como afirma Maquiavelo, es el príncipe más que el pueblo el responsable de la inestabilidad y el deterioro de los gobiernos¹⁷. Si el pueblo es voluble, portador de la anarquía, no lo es menos el monarca, e incluso más aún. La revolución no parece necesitar un nuevo pueblo, ni un nuevo monarca; necesita un nuevo Estado. Luego el Uno dará forma a sus gobernantes y gobernados.

La violencia, como acuerdan Maquiavelo y Moreno, será de una vez y para siempre; por ello, mejor que sea rápida y efectiva: “La moderación fuera de tiempo no es cordura, ni es verdad; [...] jamás, en ningún tiempo de revolución, se vio adoptada por los gobernantes la moderación ni la tolerancia; el menor pensamiento de un hombre que sea contrario al sistema, es un delito por la influencia y por el estrago que puede causar”¹⁸.

Señal del carácter radical que tiene el poder de un hombre, pues sólo dañando un pequeño engranaje la maquinaria deja de funcionar. La potencia del pueblo, su violencia demoledora, no radica en el número, sino en

¹⁶ Moreno, *Plan...*, p. 33-34.

¹⁷ Maquiavelo, *Discursos sobre la primera década de Tito Livio.*, Alianza, Madrid 2000, L. III, cap. 29, p.400.

¹⁸ Moreno, *Plan...*, p. 34. También: “Los cimientos de una nueva república nunca se han cimentado sino con el rigor y el castigo, mezclado con la sangre derramada de todos aquellos miembros que pudiera impedir sus progresos; pudiera citar los principios de la política y resultados que consiguieron los principales maestros de las revoluciones, que omito [...]”, *Ibid.*

su naturaleza vinculada con la fortuna, su variabilidad, su disfuncionalidad. La violencia del Uno aparece disminuida frente a la violencia que la disfunción puede causar en él. ¿Es un mito moderno (o clásico, tal vez) que el libre pensamiento es el punto débil del sistema? Posiblemente lo sea si libre pensamiento se entiende como filosofía, pero no es esto lo que señalamos, sino el carácter demoledor de un pensamiento alejado de las reglas del diálogo y la negociación, de un pensamiento anárquico, que cambia como cambia la fortuna. Pensamiento que incluso no es reconocido como tal, pues es un lugar común considerar que el vulgo no piensa. La vanguardia, o la secta política, se monta sobre este mito, lo alimenta y se nutre de él. Posiblemente sea la contra cara del Uno: el uno, el solitario, que espera convertirse en maquinaria y abandonar su minúscula fuente. Pero esta no es la lógica del vulgo, por lo que la moderación requiere de un tiempo único, como el de una maquina, no el tiempo de la corruptibilidad, de *los* tiempos diversos que irrumpen en el tiempo-uno, el tiempo del Uno.

* * *

“Si no se dirige bien una revolución, [...] si el interés privado se prefiere al interés general, el noble sacudimiento de una nación es la fuente más fecunda de todos los excesos [...] Lejos de conseguirse entonces el nuevo establecimiento y la tranquilidad interior del estado, que es en todos los tiempos el objeto de los buenos, se cae en la más horrenda anarquía [...] sobre el virtuoso y pacífico ciudadano”¹⁹.

La superposición de temporalidades, que en un momento exige ciudadanos revolucionarios, y que condena con la pena capital a los espectadores como los mayores enemigos de la revolución²⁰, en otro momento

¹⁹ *Ibid.*, p. 35.

²⁰ “en toda revolución hay tres clases de individuos: la primera, los adictos al sistema que se defiende; la segunda, los enemigos declarados y conocidos; la tercera, los silenciosos espectadores, que manteniendo una neutralidad, son realmente los verdaderos egoístas”, *Ibid.*, p. 45.

entiende al ciudadano virtuoso por ser pacífico, necesitado de la protección del Estado, incluso antes de su real fundación, para no ser tentado por la anarquía que ocultamente porta. La revolución no requiere espectadores, pues todos deben participar en la fundación violenta de la nueva era, estar teñidos de su color, estar atados por el delito y la redención, las dos caras del ritual iniciático, del parto revolucionario. La fortuna siempre está presente, más aún cuando impera la quietud, por lo que hay que golpearla, para que muestre su verdadero rostro. Hacer ingresar al ciudadano pacífico en la convulsión revolucionaria es despertar en él su parte violenta, su azar, la parte desértica de su alma. Por ello, la revolución tiene que operar una redención sin sacrificio, incluir excluyendo, contrato originario que funda el Estado: la redención no se tiene que dar dentro del alma, antes se tiene que delegar, extirpar su parte libertaria, para que la convulsión ocurra fuera, en la ficción espiritualista del nuevo Estado. La tarea: obligar a que el campo de batalla se haga presente, acuerde un tiempo común para el enfrentamiento, adopte reglas que puedan ser divisadas por el atacante. Aquí parece cobrar otro sentido el espectador interesado kantiano que, frente a la desconfianza de poder equilibrar las partes del alma que conducen el carro alado platónico, es puesto en el lugar de la entrega y la expectativa: el nuevo sujeto histórico debe, o mostrarse y luchar, o apartarse de la violencia y ocultarla con el rostro de la esperanza.

Pero el enfrentamiento no aparece, hay que recurrir a otra conversión: "El que tiene gran corazón, espíritu y alma elevada, manda a la fortuna, o más bien la fortuna no es sino la reunión de estas cualidades poderosas, pero como su brillo amedrenta al vulgo y excita la envidia, será feliz quien pueda hermanarlas con la moderación que las hace excusables"²¹.

Moreno invierte el primer argumento y atribuye directamente a la fortuna ser el nombre de parte virtuosa del alma. Si la casualidad suele ser la madre de todos los acontecimientos y la fortuna el nombre del azar en los hombres (violencia que detiene el curso revolucionario, no por ser una

²¹ *Ibid.*, p. 36.

fuerza conservadora sino por no aceptar orden alguno, orden que la revolución requiere), tal poder tiene que estar del bando de los hombres de bien. A la fortuna hay que extraerla del espacio de la indeterminación y colocarla en el espíritu revolucionario: la fortuna es el alma elevada, más allá de la anarquía, más allá del alma rastrera de la anarquía popular.

El vulgo, antes identificado con la inaceptable variabilidad, ahora es amedrentado por el brillo de la misma. Transformar la fortuna en un principio ético, divinizarla, es alejarla inmediatamente del bajo mundo. Si, finalmente, concede al ánimo popular ser el verdadero "sujeto" revolucionario, es a partir de una expropiación, del desprendimiento de su espíritu inquieto y transformador en una parte ajena de sí mismos, que en tal separación adquiere el brillo de la belleza, amedrentando y provocando la envidia a quienes en otro momento fueron sus verdaderos portadores. Efectivamente, la belleza puede surgir del barro, pero sólo al precio de negarlo. La belleza, como el bien, no acepta génesis, no acepta el tiempo. La historia, o es monumental, o acaba con lo verdadero, lo bueno y lo bello.

Si la fortuna es dueña de todas las cosas, o de gran parte de ellas, no puede ser la diosa del vulgo; la violencia de su poder no puede legitimar lo más bajo de la sociedad. La ilustración morenista no puede negar la fortuna, la anarquía, debe apropiarse del azar, pero en el mismo acto tiene que operar una transformación: "No admiremos la Providencia ni desconfiemos de ella [...] demostrando al Universo que los mortales, los imperios, los tronos, los cielos y los astros, son nada en comparación de su poder"²². La fortuna, diosa pagana y popular, es convertida en la santa "Providencia", que bendice la tarea de los grandes hombres, del progreso, la revolución y el nuevo Estado. Pues la Providencia, no la Fortuna, es suma justicia, aunque desconozcamos sus modos. La verdad, signo del hombre de bien, debe ser puesta en consonancia con esta nueva filosofía: más alejada de la necesidad y de la confianza en el progreso, más cerca de la historia: "la filosofía de este siglo demuestra la ridiculez de la grandeza y las contingencias a las que está expuesta"²³.

²² *Ibid.*

²³ *Ibid.*

La Crítica de la Razón Optimista no implica el abandono de la gran obra revolucionaria, sino la conciencia de su naturaleza. Más cerca de Maquiavelo, debe aceptarse que son las pasiones, los vaivenes, lo posible más no lo seguro, el suelo donde la política tiene que operar: “cuando las pasiones del hombre andan sueltas, ¡cuán horribles! Entonces sale a lo claro lo más encendido de su corazón, entonces la vista puede seguir por las vueltas y revueltas de aquél laberinto inescrutable de los estragos del odio, los arrebatos de la ambición, el desenfreno de la codicia, los ímpetus de la vanagloria y los proyectos de engrandecimiento”²⁴. Se mezcla lo “horrible” y lo “inescrutable”, entramado que tiene que salir a la luz cuando un proyecto de engrandecimiento se pone en marcha. Todo proyecto político que, como recuerda Maquiavelo, no puede ser sino un proyecto de engrandecimiento, pues la neutralidad o la resistencia son las opciones que conducen al fracaso, tiene al odio y la ambición como las pasiones principales²⁵. Pero esto es inaceptable, por más que sea inevitable, por ello aunque “Hay hombres de bien (si cabe en los ambiciosos serlo) [...] y a estos sin agraviarlos (porque algún día serán útiles) debe separárselos [...] por la ambición de los honores, y el menor número por el deseo de gloria [...] no son propios por su carácter para realizar la grande obra de la libertad americana, en los primeros pasos de su infancia”²⁶.

El príncipe maquiaveliano tiene que ser neutralizado por el Estado, sujeto de la revolución: efectivamente, la violencia de la virtud es admirable, pero sigue siendo incontrolable. Ni el virtuoso que busca gloria, ni la multitud; todos ellos de corazón pasional. La revolución, si quiere alejarse de Francia, tiene que ser la política sin pasión, es decir, la política como teoría del Estado. Si en Maquiavelo la tensión se dan entre el republicanismo democrático y la monarquía, en Moreno la tensión se da entre el republicanismo liberal y el republicanismo revolucionario. Entre el momento de las luces y el momento maquiaveliano.

²⁴ *Ibid.*, p. 37-38.

²⁵ *Cfr.*, Sebastián Torres, “Maquiavelo: las pasiones y la cuestión social”, *Nombres*, año XII, nº 17, Córdoba, diciembre de 2002.

²⁶ Moreno, *Plan...*, p. 38.

Pero el momento de la decisión siempre es un momento maquiaveliano, momento que vuelve a reabrir el conflicto: “resolví entregarme a la marea de los acontecimientos”, “la sensibilidad y una extremada energía son los elementos más grandes de la naturaleza y los más propios para realizar una grande obra, porque entonces los ánimos generosos se desenvuelven en medio de las más horrorosas tempestades”²⁷. Y la tensión reaparece entre la reflexión sobre una subjetividad política acorde con los acontecimientos, y la reflexión sobre el tipo de orden que debe contener y encausar las acciones humanas. La búsqueda que se intenta en el *Plan* es paradójica, y allí radica su impronta; curioso camino que emprende Moreno en un proyecto que tiene que sentar las bases de un nuevo orden pero que, al mismo tiempo, se esfuerza por encontrar los espacios menos visibles del conflicto. Por momentos nos hace dudar de su verdadera búsqueda, del orden y la estabilidad o del conflicto primigenio, como si ambos caminos pudiesen dar respuesta a un mismo y único interrogante que nunca termina por formularse completamente.

Desde el mismo comienzo del *Plan* Moreno se internó en aguas profundas, viaje del cual ya no podrá regresar jamás. La política no puede ser escindida del tiempo, del devenir incesante de los humores y los acontecimientos; como los marinos en la mar, pueden guiarse por las estrellas, pero no suponer que se puede navegar por los cielos, separados de las corrientes y contracorrientes. Entre el cielo y el mar, el abismo. Dos mundos diferentes que el hombre cohabita. El primero es contemplado, intentando adivinar sus leyes inmutables; el segundo es vivido, intentando someterlo a los deseos que los cielos despiertan: deseos de eternidad, de grandeza, de inmutabilidad. Pero el mar se cobra sus víctimas si los marinos no se saben parte de su naturaleza (serán otros que, años después, desde una mazmorra o una biblioteca, encontraran en lo alto no la huida de las tempestades, sino otros marinos intentando dominar tormentas para llegar a buen puerto, que posiblemente sea el mismo o ninguno). Moreno no murió en el desierto, donde la barbarie o la fortuna se cobraba sus víc-

²⁷ *Ibid.*, p. 39.

timas; fue el mar, la imagen del progreso y la civilización, el lugar de su muerte. ¿Civilización o barbarie?

El viaje de Moreno no era hacia lo desconocido, si por ello entendemos ignorancia o falta de moderación. Moreno conocía la naturaleza de la mar: "No se puede negar que en la tormenta se maneja fuera de regla [...] el piloto que salva el bajel, sea como fuere, es acreedor a las alabanzas [...]; este principio es indudable, máxime cuando se ciñe a la necesidad absoluta como único medio para la consecución de lo que se solicita"²⁸.

Fortuna y necesidad ¿cómo se combinan estos dos estados? Aquí es el azar el estado, el clima que hace de la mar un lugar hostil para el marino que se dirige a puerto. La necesidad no es un estado, es el nombre que se le da a un tipo de acción que no puede justificarse, sino sólo realizarse; es el nombre de la acción que no se ajusta a principio alguno. La necesidad no pone orden a la anarquía; si se lo entendiese así, el marino se conduciría directamente a hacia las profundidades del mar, la tierra firme de los fracasados. Aquí, la necesidad sólo señala el camino, a priori indeterminado, para maniobrar hasta un horizonte firme. Necesidad. Curioso nombre para la indeterminación radical, que sólo se bautiza como necesidad luego del éxito. Sólo el que actúa según la necesidad merece el reconocimiento, pues luego de una primera renuncia tiene que acceder a otra, la de mimetizarse con la fortuna, confundirse con el mar o con el desierto. Necesidad y fortuna son las dos caras de un mismo llamado.

* * *

Darle cabida a la indeterminación no implica la renuncia directa al deseo de orden y estabilidad. En lo más profundo del conflicto, donde aparecen las intrigas, la seducción y el engaño, la necesidad vuelve a producir la ficción de la teoría. "¿Quién dudará que a las tramas políticas, puestas en ejecución por los grandes talentos, han debido muchas naciones la obtención de su poder y su libertad? Muy poco instruido estaría en los principios de la política, las reglas de la moral, y la teoría de las revo-

²⁸ *Ibid.*, p. 40.

luciones, quien ignorase de sus anales las intrigas que secretamente han tocado los gabinetes en iguales casos"²⁹. Reaparece así una tensión entre el realismo político, netamente conflictivo de Maquiavelo, y el nuevo realismo político ilustrado, nutrido de confianza y esperanza. Este realismo permite hablar de teoría de la revolución, de regla de la moral y de principios de la política, substrato que se encuentra por debajo de las intrigas, de las muertes, de la violencia. El *Plan de Operaciones* es una imposible combinación entre dos realismos, dos tipos de temporalidades históricamente en pugna; la confianza en la historia, laicización escolástica de un futuro que trasciende las inseguridades del presente, y un tiempo que es presencia, que trata de desembarazarse de la Necesidad y la esperanza, único modo de vincularse con la pluralidad de temporalidades que entran en pugna cuando la comunidad política pierde la fuerza ficcional de un destino único e irrenunciable.

Tal pérdida se entiende que acontece en el núcleo de la política, sin enturbiar la imagen de la obra. Esto debe ser así, pues toda nueva creación, cuando acontece en el orden político, debe presentarse como una nueva fundación cuya fuerza tiene que perdurar eternamente, aunque su núcleo siga resistiendo los embates del tiempo y sufra permanentes modificaciones. La violencia política siempre encuentra un espacio en donde se dignifica: "¿diremos por esto que han perdido algo de su dignidad, decoro, y opinión pública en lo más principal? Nada de eso: los pueblos nunca saben, ni ven, sino lo que se les enseña y muestra, ni oyen más que lo que se les dice."³⁰

Tragedia de la política o fundación de la política. Extirparla de la indeterminación de las partes en conflicto. Ilusión de un proyecto común que,

²⁹ *Ibid.*, p. 40-41.

³⁰ *Ibid.*, p. 41. Maquiavelo afirmará que "los hombres son tan simples y obedecen a las necesidades del presente, que aquel que engaña siempre encontrará alguien que se deje engañar", pues "Los hombres, por lo general, juzgan más con los ojos que con las manos; porque ver es concedido a todos, pero tocar, a pocos. Todos ven lo que tú pareces, pocos tocan lo que tu eres", *De Principatibus*, cap. XVIII, p. 249,251.

de todas maneras, sigue siendo insuficiente, pues la opinión pública también es la ficción de un acuerdo, de una aprobación. Al final, al pueblo, voluble, tornadizo, no puede creérsele nada. La credulidad es la señal de un impás, descanso de la fortuna o estrategia. Los tiranos, los gobernantes y los hombres de bien nunca saben, ni ven, sino lo que esperan, ni oyen más que lo que quieren creer. Maquiavelo señala la otra cara de la simulación y el engaño. Se cree que son los pueblos los responsables de que los ordenes políticos no perduren, pero cómo, si sólo ven lo que se les muestra y oye lo que se les dice; son los príncipes los responsables del fracaso³¹, porque ven y oyen lo que quieren ver, se guían por la opinión pública, por los aduladores, por los designios de una historia que creen propia, espejismo de su ignorancia en el poder de un tiempo corrosivo. Aquí, en la erosión del presunto acuerdo entre el “saber del príncipe” y la “opinión pública”, en el desgaste inevitable de la marginación conciliadora, es cuando la comunidad se resquebraja, cuando pierde su objetivo y aparece la violencia que intenta restituir la ficción. Que los pueblos no saben ni ven sino sólo lo que se les muestra es la toma de conciencia de la comunidad que tiene que volver a generar el acuerdo. En nuevo contrato es la restitución de la voluntad de simulación y engaño. Formar la opinión pública, que no puede prescindir de la supresión de las partes que, una vez fuera de la comunidad, ya no pueden volver a ingresar sino sólo después de una purificación, necesita de la combinación entre el engaño y la violencia. El engaño no es la estrategia que evita la violencia de la confrontación original, supone ya una operación drástica sobre el cuerpo político; el terror, las armas, son también la condición de posibilidad del engaño. Por ello, como afirma Maquiavelo, los crímenes hay que cometerlos rápido, de una vez, para darle lugar a la estrategia de la simulación, ficción que permite perdurar y que tiende a olvidar la violencia originaria. Pero las armas no pueden desaparecer: “buenas leyes y buenas armas”, condición del contrato.

³¹ Maquiavelo, ver nota 10.

Moreno acordaría con Maquiavelo que la libertad, la pasión por la libertad, es el motor de toda empresa política revolucionaria. Y, antes de ello, antes de que la libertad se convierta en una meta política, en cuanto pasión, la libertad es la fuente de todo conflicto, así como su pasión adversa, el deseo de dominar. Pero Moreno marca una escisión en el modo de comprender el problemático vínculo entre libertad y dominación: "En el orden moral, hay ciertas verdades matemáticas en que todos convienen, así como todos admiten los hechos incontestables de la física [...] pregúntesenos sobre los bienes de la esclavitud y los males de la libertad, y nos parecerán estos preferibles a aquellos, porque siendo poco numerosos unos y otros, queremos naturalmente la mayor suma de bienes, de los cuales sólo hay que separar una cantidad pequeña de males.

Pero [...] entonces falta la unanimidad, el problema divide las opiniones y los debates comienzan."³²

El lenguaje con el que Moreno plantea el problema muestra que entre él y Maquiavelo está la nueva filosofía. Pero no debemos confundirnos aquí y pensar que Moreno adhiere incondicionalmente al espíritu moderno de la superación del conflicto a partir de la matematización de los asuntos humanos. Aunque podría ser una expresión de la confianza hobbesiana en la fundamentación de una ciencia política, en un punto el argumento se opone y vuelve a visualizar la fractura:

La primera inversión, que podríamos denominar spinoziana y que se mantiene en la línea antes mencionada, muestra que es posible determinar racionalmente (matemáticamente) la conveniencia de la libertad por sobre la servidumbre, puesto que los bienes que conllevan la una son mayores que los que trae la otra. La segunda inversión, que podríamos denominar maquiaveliana, plantea que, aunque aceptemos lo primero, esto no supone el acuerdo en lo que consideremos son "precisamente" los bienes y males de la libertad, por lo que la disputa se renueva, ahora, en el interior de los defensores de la libertad. El momento maquiaveliano reaparece

³² Moreno, *Plan...*, p. 41.

más allá del intento por sistematizar el conflicto en términos matemáticos; Maquiavelo es anterior y posterior a Hobbes, como lo muestra su renovación en cierta tangente de la filosofía de Spinoza³³.

La tensión entre estos dos argumentos, uno que pretende resolver racionalmente la disputa, el otro que vuelve a traerla a escena, se resuelve con un tercer recurso: “Tal sería el estado en el que nos encontraríamos, si no viese generalmente los intereses de la Patria; ¿y quién de vosotros, señores, sería capaz de poner en cuestión la libertad y la felicidad de ella”³⁴. Este es precisamente un recurso que Moreno despliega a lo largo de todo el texto, no el *more geometrico*, sino el *more imaginandi*: la Patria, la nueva comunidad política, el principio que confiere sentido a las evaluaciones (o ecuaciones) sobre los bienes y males en disputa. Entiéndase: no es que se haga presente el argumento “el fin justifica los medios”, donde la evaluación racional al modo deductivo se cambia por una evaluación instrumental, sino que la sola posibilidad de resolver la disputa por bienes a perseguir se logra postulando un *sumum bonum* que termina afectando o desafectando a los bienes implicados. Aquí no hay una intención de justificación. Más bien, emerge la intención de generar un símbolo con el suficiente poder como para vincular las diferentes manifestaciones de la pasión por la libertad, que si en su estado original contienen en sí el conflicto, necesitan un objeto que las arranque del orden pasional para llevarlas al orden de lo compartido, pues las pasiones, por más que estén igualmente repartidas, no generan comunidad, es decir, transcendencia.

³³ Cfr., Sebastián Torres, “Contra pax: Maquiavelo y Spinoza”, en *Cuadernos de Nombres*, Córdoba, noviembre de 2002, D. Tatián y S. Torres (edit.). En el caso de Moreno, la tensión aparece claramente bajo la forma de un interrogante central para la tradición republicana: “¿Pero cuál será el resorte poderoso que contenga las pasiones del magistrado, y reprima la inclinación natural del mando hacia la usurpación? ¿De qué modo se establecerá la obediencia del pueblo sin los riesgos de caer en el abatimiento; o se promoverá su libertad sin los peligrosos escollos de una desenfrenada licencia?”, *Gaceta de Buenos Aires*, del 28 de octubre, 2, 15 y 28 de noviembre de 1810, en *El pensamiento de Mariano Moreno*, Lautaro, Buenos Aires 1942, selec. y proli. de Rodolfo Puiggrós, p. 126.

³⁴ Moreno, *Plan...*, p. 41-42.

Lo común trasciende las partes en disputa. La libertad pasa a ser definida por el objeto deseado y no por los sujetos deseantes, lo que permite identificarla con la Patria, que no tiene pasión propia. Esta tensión que conlleva la libertad es el objeto de la operación de Moreno: se abandona el terreno de Maquiavelo; que mantiene a la libertad como uno de los *humori* que definen la naturaleza conflictiva de la comunidad política. No es el conocimiento de las verdades matemáticas del orden moral, sino “los conocimientos que me han franqueado veinticinco años de estudio constante sobre el corazón humano”³⁵, el suelo sobre el que Moreno presenta su declaratoria. Por ello, “no debe escandalizar el sentido de mis voces, de *cortar cabezas, verter sangre y sacrificar a toda costa*, aún cuando tenga semejanza con las costumbres de los antropófagos y caribes. Y si no, ¿por qué se nos pinta a la libertad ciega y armada de un puñal? Hablemos con franqueza: [...] y se observará las tramas y astucias políticas, únicamente dirigidas a conseguir por todo camino aquellos fines a que han aspirado”³⁶.

Pero al mismo tiempo, la libertad, al alejarla del corazón humano, puede perder su violencia transformadora. La operación aquí es más compleja; devolverle su violencia, pero alejarla de los hombres. Verter sangre, sacrificar, antropofagia de una libertad que se muestra con las manos en armas y con los ojos vendados. Increíble interpretación de la iconografía revolucionaria: la libertad no es una meta, no es un fin, es el arma de la revolución, el acto mismo de la regeneración social. Magnífica inversión, en la que los hombres no son los portadores materiales de la violencia transformadora, sino la visión que guía el brazo arrasador del viejo orden. No es la astucia de la razón, sino la astucia de los hombres, lo que hace a la historia, no la portadora del sentido, de la dirección del movimiento, sino el movimiento mismo, la transformación ciega de lo que ya no puede resistir y permanecer. De repente, la Libertad, ciega y portadora del puñal, se identifica con la imagen de la Fortuna, que no tiene fin preestablecido y, más aun, su movimiento ni siquiera admite ser entendido como avance o retroceso.

³⁵ *Ibid.*, p. 42.

³⁶ *Ibid.*, p. 43.

Domar la fortuna es capitalizar la fuerza destructora dotándola de visión, de un objetivo claro a donde dirigir sus embates; iluminar el interior del alma humana, a las masas armadas, al pueblo dominado por la inconstancia y la variabilidad. “[N]o hay nada que infunda más temor -dirá Maquiavelo- que una multitud suelta y sin cabeza”³⁷. A la libertad-fortuna, fuerza que atraviesa el cuerpo social, son los hombres sabios, los hombres de la revolución, los que pueden darle un objetivo. Pero no todo puede quedar en manos de la potencia del poder constituyente, sea del vulgo, sea de los hombres de bien, por más que existan ojos que guíen la mano portadora del puñal.

Las cirugías que realiza Moreno nunca terminan de cicatrizar, más bien son ataduras nunca definitivas que acercan y alejan a la Fortuna de los hombres, de la historia, del tiempo, de la revolución.

* * *

Como resultado de esta tensión permanente algo queda como definitivo, la necesidad histórica tiene que ser suprimida. La revolución no es el tiempo de la violencia, del orden definitivo e irresistible, sino la visualización concreta de la violencia del tiempo, el emergente de los conflictos siempre presentes aún en tiempos de paz, donde la maquina supuestamente no encuentra traba para sus engranajes. Sólo dando cabida a la fortuna es posible visualizar el carácter corrosivo del tiempo, aunque con ello se deje colar el mundo de las pasiones.

“Se ha repetido muchas veces, que la necesidad es madre de la industria, y que su carácter halagüeño, pintado con los bellos colores de una filosofía sutil, invierte su estudio y destreza por medio de la seducción y la intriga, teniendo a veces su origen más o menos noble, según las circunstancias”³⁸. La necesidad smithiana, “filosofía sutil” (valga la ironía) que impulsa el progreso, es puesta en juego frente a otra historia, quizás

³⁷ *Discursos*, I, 57, p. 174-175.

³⁸ Moreno, *Plan...*, p. 43-44.

más sutil aún, pues depende de la seducción, arte que depende no de un fin, sino de un origen más o menos noble; nobleza que se encuentra menos en la naturaleza de las intenciones que en las circunstancias histórico-políticas que hacen a un acto virtuoso. La firmeza del territorio no puede depender sólo de las acciones humanas, sujetas a permanente cambio. Bien recuerda Maquiavelo que no sólo los hombres son virtuosos, también lo son las leyes. Por ello, sólo al final de las peripecias del marino, cuando ha llegado a tierra, pero dándose cuenta de que no es firme, pues el límite entre tierra y mar es difuso, intentando sustraerse a la fortuna, a las estrategias de seducción confrontadas, a los humores, Moreno insta a la creación de una Constitución, última tesis, o apuesta del prologo a las propuestas del *Plan*: “cuando la Constitución del Estado afiance a todos el goce legítimo de los derechos de la verdadera libertad, en práctica y quieta posesión, sin consentir abusos, entonces resolvería el Estado Americano el verdadero y grande problema del contrato social”³⁹.

El *Plan de Operaciones* parece desarrollarse, y esto lo hace un texto único, entre el hiato que existe entre el estado de naturaleza y el contrato social, espacio enigmático señalado como el argumentó inconcluso, la falacia contractualista. Sólo al final de la larga introducción a la presentación de las propuestas encargadas a Moreno aparece la idea de *contrato social*. Conclusión final, no necesaria, que pone en suspenso el acontecer histórico para establecer la verdadera libertad, el imperio del derecho subjetivo; *quieta* posesión, fin de los abusos que otrora formaron parte de la ¿verdadera? libertad, vendada y empuñando la daga de la revolución. Doble carácter de la ceguera, doble juego de la interpretación: ¿Cuándo conviene que la libertad sea ciega, como poder constituyente o como poder constituido? Lo cierto es que esa ceguera es la condición común de la violencia y el derecho, irrupción moderna de la doble función histórica de la revolución que, al tiempo que insta a fuerza de sangre y fuego un nuevo orden (el Estado de Derecho), en el mismo acto creador se autolimita a no regresar nunca más al estado anterior. En un mismo acto, la

³⁹ *Ibid.*, p. 44.

revolución, se realiza y se neutraliza. La consumación de la revolución es la imposibilidad de una nueva revolución.

Moreno entiende bien; en un momento la historia tiene que detenerse, generar una nueva ficción que pueda ubicar a la violencia de la fortuna bajo el manto de la ley, prohibirla como poder constituyente. El poder constituido, de ésta manera, pretende disputar el tiempo de la fortuna, del pueblo y de los líderes de la revolución, como un gran reloj (gran metáfora del Estado moderno), o como un gran edificio -dirá Moreno-, en el interior del cual puedan habitar los hombres de buena fe. La Constitución es la última extirpación del poder anárquico de lo social.

Podemos leer la introducción del *Plan* de Moreno como un tortuoso camino de expropiación, para finalizar en una pretendida disolución: el poder de la multitud (primera forma de la fortuna, su forma pagana) tiene que pasar a los líderes de la revolución (segunda forma de la fortuna, virtud de espíritus elevados); el poder de los líderes, que no pueden llegar al acuerdo, tiene que pasar a la comunidad (tercera forma de la fortuna, la Patria como Libertad); finalmente el poder de la libertad-fortuna tiene que pasar a la Constitución (la "verdadera libertad"), última habitación de la fortuna y lugar de su supresión. En otros términos, Moreno muestra sugestivamente la complejidad del pasaje de la anarquía al orden, que no se identifica directamente con el pasaje del estado de naturaleza al Estado. No existe estado de naturaleza donde sólo hay individuos, aislados unos de otros; siempre primero emerge el conflicto político entre partes, -como afirma Maquiavelo, los individuos tienden naturalmente a tomar partido, tanto como a guiarse por las pasiones. Al final de la travesía se encuentra el Estado-Nación, último mito que intenta suprimir el conflicto administrando la relación entre las partes en pugna, último intento del olvido del tiempo que, como Dios, sólo lo logra estando presente en todas partes al *mismo tiempo*, con un *mismo tiempo*, pues en cualquier lugar donde la fortuna no vea que se construyen diques para detenerla, donde el tiempo sea pluralidad, temporalidad, el poder constituyente puede volver a irrumpir.

Aunque hay quienes quieren ver la diferencia entre comunidad y sociedad bien como una pérdida, bien como una ganancia de libertad, sea como sea que se la entienda a ésta, en Moreno lo que aparece, lejos de una

visión romántica conservadora u optimista liberal, es la transformación de una ficción por otra, definida por el poder simbólico para suprimir los embates de la fortuna con mayor eficacia. El paso de la anarquía a la sociedad, que necesita del mito de la comunidad como instancia preparatoria, nunca deja de poner en juego una libertad que se disputa con la violencia la marcha hacia el Estado. Reinstalada una nueva maquinaria, ya no como aquella desnudada por La Boétie, sino de mayor complejidad, de mayor plasticidad, las mismas partes que la componen serán las responsables de mantener a la fortuna fuera de juego. Así como “el pueblo no debe contentarse con que sus jefes obren bien; él debe aspirar a que nunca puedan obrar mal”⁴⁰, al mismo tiempo será responsable de sus propios males, progresos y caídas.

“Hemos dicho -afirma Merleau-Ponty- que toda legalidad comienza por ser un poder de hecho. Esto no quiere decir que todo poder de hecho sea legítimo”⁴¹, a lo que Moreno respondería, desde el acuerdo, que “siendo natural que las cosas se conserven por los mismos principios que las produjeron”⁴², el paso de la instauración del poder en el Estado a su legitimidad es el producto de la fuerza de una ficción antes que, como ya mostramos, del origen más o menos noble de los motivos de su fundación. La expropiación debe ser mantenida, más allá de la nueva distribución ficticia de responsabilidades. Imaginemos que esto se transforma en una diálogo y otorguemos nuevamente la palabra: “A la libertad le es esencial sólo existir en acto, en el movimiento siempre imperfecto que nos une a los otros, a las cosas del mundo, a nuestras tareas, mezclada a los azares de nuestra situación. Aislada, comprometida como un medio de discriminación, la libertad, como la ley según San Pablo, no es más que un dios cruel que reclama sus hecatombes”⁴³. Anticipación de lo que Moreno no podrá ver.

⁴⁰ Moreno, *Gaceta de Buenos Aires*, *op. cit.*, p. 121.

⁴¹ Merleau-Ponty, *op. cit.*, p. 27.

⁴² Moreno, *Gaceta de Buenos Aires*, *op. cit.*, p. 163.

⁴³ Merleau-Ponty, *op. cit.*, p. 17.

El *Plan de Operaciones* es la revolución observada a ras del suelo, el camino experimental que va de lo particular a lo particular. Toda generalización es provisoria, pues deviene de un deseo, de un anhelo de estabilidad. El *Plan* no es, empero, la exaltación de la particularidad, el momento de la excepción, razón de Estado o de estadista; contrariamente, elimina la excepcionalidad para trasformarla en temporalidad. La violencia que hace a la hermandad entre el *Plan* y *El Príncipe* no es el carácter particular del momento de la fundación, el “tiempo de la violencia”, más bien es un intento por instalarse en el devenir constante de la política. El momento maquiaveliano no es un momento entre otros, es el intento de pensar desde el lugar donde la “violencia del tiempo” golpea sin respetar el valor de los fines, donde los hombres terminan por encontrarse sin poder apelar a otra instancia más que al sólo hecho de que tal encuentro acontezca. Volver al *Plan de Operaciones*, sin espanto ni indignación moral, formas del patriotismo histórico, permite retomar un motivo caro al pensamiento y la historia política nacional tanto como al *presente*, momento en donde el vínculo entre tiempo y violencia siempre cobra su forma final. Nuevamente, cedemos la palabra:

“Sea cual sea la filosofía que se profese, y aun si es teológica, una sociedad no es el templo de los valores-ídolos que figuran al frente de sus monumentos o en sus textos constitucionales; una sociedad vale lo que vale en ella las relaciones del hombre con el hombre”⁴⁴

⁴⁴ *Ibid.*, p. 8.